



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 11 de enero de 1987

1. "Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús" (*Lc 1, 31*).

Reunidos para rezar el "Ángelus Domini" recordamos siempre estas palabras, dichas a María en la Anunciación.

Estas palabras *se cumplieron la noche de Belén*. María dio a luz al Hijo de Dios, y al octavo día se le dio el nombre de Jesús, que quiere decir "Salvador".

La Iglesia vive todo *esto durante el tiempo de la Navidad del Señor*, en el que el año precedente deja su lugar al siguiente. Y este pasar de los años nos permite pensar en la "*plenitud del tiempo*" en que vivimos, desde que, por amor del Padre Eterno, el Hijo, engendrado desde la eternidad, se hizo hombre por obra del Espíritu Santo.

2. A este misterio inefable –a esta Epifanía divina– se acerca también la Iglesia *el día de la llegada de los Magos de Oriente*.

El misterio que se ha desvelado a los ojos de su fe, luego *casi se queda escondido*: primero con la huida a Egipto para evitar las atrocidades de Herodes; y después con el período de treinta años transcurridos en el silencio de la casa de Nazaret.

3. Hoy, *la Santa Epifanía retorna en la liturgia* de la Iglesia. Jesús ya ha salido de su vida oculta de Nazaret y ha emprendido la misión mesiánica, conforme a las predicciones de los Profetas.

Jesús el Nazareno se dirige al Jordán, donde Juan administra el bautismo de penitencia,

anunciando al Mesías.

Y en la Epifanía de este domingo hay una inaudita abundancia del contenido salvífico.

Viendo a Jesús, Juan pronuncia las palabras: "*Este es el Cordero de Dios* que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Estas palabras contienen lo que leemos en Isaías sobre el Siervo de Yavé, doliente e inmolado. Estas palabras –ya en el Jordán– preparan el misterio pascual de la cruz.

Y, al mismo tiempo, *las palabras del Mensajero van acompañadas por el testimonio del Padre*: "Este es mi Hijo, el amado, el predilecto, escuchadle" (cf. Mt 3, 17).

4. Nos encontramos en el *culmen de la Epifanía*.

Te pedimos, María, que el misterio de tu Hijo se abra cada vez más profundamente a los ojos de nuestra fe.

Pues Tú creíste por primera vez: "Dichosa Tú que has creído!

Guíanos por este camino que lleva, a través de la Epifanía terrena de tu Hijo, a la plenitud de la luz que está en el Padre, en el Verbo y en el Espíritu Santo.